



Del egocentrismo al cosmocentrismo

Dídac P. Lagarriga

(Traducción del artículo publicado en catalán en el Diari Ara, 07/07/2014)

Muchos de quienes vivimos en este lado del mundo tenemos la imagen idílica de una playa virgen con aguas cristalinas. Incluso algunos de los más adinerados han querido apropiarse de esta imagen, aunque sólo fuera por unos días y mediante una agencia de viajes. En la cultura occidental, el mito del naufrago que se encuentra a sí mismo en una isla desierta acompaña también este deseo de escapada. “¿Qué libro te llevarías en una isla desierta?”, a pesar de ser una pregunta excéntrica, ocupa todavía un lugar destacado en los cuestionarios convencionales. Cuando, a principios del siglo XVIII, Daniel Defoe escribió *Robinson Crusoe*, más extenso y profundo de la obra que se difunde popularmente, quería mostrar esta necesidad de búsqueda interior que tenemos los humanos. Un conocimiento que, como la semilla, necesita desplegarse desde el núcleo hasta llegar a las cotas más elevadas, ascendiendo hacia el cielo. Entre otras influencias, Defoe se basó en el libro *El filósofo autodidacta* que el granadino Ibn Tufail escribió en el siglo XII.

En esta obra, clave del pensamiento filosófico islámico medieval -y que tanta repercusión tuvo en el Renacimiento y la Ilustración-, Tufail narra la experiencia de Hayy ibn Yaqzan, un chico que se educa a sí mismo en una isla solitaria gracias al uso de la razón y el intelecto. De forma gradual, la observación empírica del entorno lo conduce a un conocimiento científico que, inevitablemente, desencadena en conciencia espiritual. El protagonista observa y vive los signos de la naturaleza en su estado más puro, pues se encuentra en un entorno privilegiado, y los utiliza como el medio más evidente y accesible, sin intermediarios humanos, para llegar al reconocimiento del orden divino. Tufail denuncia una sociedad que hace de la religión una práctica externa y superficial, algo que comporta, inevitablemente, hipocresía y malestar. Como otros autores a lo largo del tiempo y las geografías, quiso mostrar que la verdad anunciada por la religión y la verdad intelectual a la que llega la filosofía son la misma, y que esta sólo se puede obtener con el cultivo interior y la reflexión personal. Una búsqueda donde el uso del intelecto se impone a las supersticiones o a los estamentos heredados.

Filosofía para desencantados

El filósofo mexicano Leonardo da Jandra (Chiapas, 1951) no quiso escribir una ficción sobre las islas desiertas, sino experimentarlo por él mismo y marchó, junto con su compañera, a Huatulco, un paraje paradisíaco de la costa mexicana de Oaxaca. Como los protagonistas de Tufail o Defoe, allí sobrevivieron, desde 1979, de la caza y la pesca, observando y reflexionando el entorno selvático durante casi un cuarto de siglo. Y de allí surgió, también, un pensamiento filosófico original alejado de los tópicos y de una idea romántica de la naturaleza, que reivindica la necesidad social del individuo como primer paso para salir del egocentrismo. En su último libro, *Filosofía para desencantados* (Atalanta, 2014) lo afirma taxativamente: “Siempre me violenté cuando alguien, para identificar mi aislamiento en la selva, me llamaba rousseauiano. Después de haber vivido durante casi tres décadas en estado de naturaleza, le concedo toda la credibilidad a Wilber: la conciencia tribal es la forma más primitiva de conciencia. A veces, como en mi caso, se trata de la mínima expresión tribal: la pareja. Pero, ¿qué es la pareja, sino un ego autogratificante de dos cabezas?”.

Desnudo de tópicos, Da Jandra vuelve a la sociedad con un discurso contundente: tenemos que trabajar para pasar del egocentrismo al sociocentrismo. Y, de este, al cosmocentrismo, una fase radical de la humanidad donde “la visión dualista del mundo, que hoy ya está en franca fase agónica, será vista en el futuro cosmocéntrico con la misma condescendencia con la que hoy vemos la fase más arcaica de la temporalidad mágico-mítica.” El egocentrismo (que para Da Jandra es el origen de toda perversión a través de la autogratificación y la autoconservación) significa la desconfianza permanente como forma de vida, que busca la oposición en lugar de la complementación: “En la raíz de la soberbia y la autoimportancia radica un ciego desprecio a las formas de convivencialidad gregaria”. El reconocimiento del sociocentrismo defiende los bienes comunes y la repartición equitativa de los recursos, donde “una cooperación inteligente y moral incentiva más que cualquier competición egoísta, que sólo busca la autogratificación con la motivación inmoral del lucro y del poder”.

Para evitar la corrupción de la educación y la política, claves para que la sociedad no se hunda, Da Jandra propone un salto cualitativo de conciencia en lo que denomina “cosmocentrismo”, donde la superación de los deseos más bajos del egocentrismo, junto con el fortalecimiento de las políticas igualitarias y públicas del sociocentrismo, dan lugar al reconocimiento de un orden sagrado que proporciona estabilidad. En este ámbito, la filosofía juega el papel capital de ser el complemento entre la ciencia (los hechos) y la religión (los valores), pues las dota de significados. Y aquí es donde su planteamiento casa con los realizados por aquellos autores que situaron las historias en parajes solitarios como espacio iniciático donde realizarse interiormente: la reivindicación de la filosofía integrada en un plan de conciencia espiritual. Así, este libro se convierte en una isla más de este archipiélago donde se encuentran las obras de Ibn Tufail o Defoe y que, un día, podemos incluir en este imaginario de parajes idílicos, armoniosos y sin conflictos, donde pasear.